

Vivir en Comunión con Dios

1 Juan 1:1 a 2:2

Actividad inicial - ¡Esta muy oscuro!

¿Alguna vez ha experimentado la oscuridad total? Tal vez su casa se quedó sin electricidad, o estaba acampando bajo un cielo sin estrellas, o estaba en una habitación de hotel y no podía encontrar el interruptor de la luz. ¿Qué sintió al tratar de caminar o localizar lo que buscaba en la oscuridad?

La mayoría de nosotros sabemos lo difícil que puede ser conducir en la oscuridad. No podemos ver los obstáculos justo en frente de nosotros o encontrar el camino que debemos tomar. Experimentamos miedo o incertidumbre. En esos momentos, agradecemos aun un rayito de luz que nos ayude en nuestro camino. En 1 Juan 1:5, el apóstol Juan dice: “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él”. Este versículo proporciona una idea de uno de los muchos beneficios de caminar con Dios. Su luz ilumina el camino y guía a sus seguidores a descubrir la vida que El ofrece. Su luz disipa el miedo y la incertidumbre. Sus seguidores experimentan una profunda paz al andar en la luz de su presencia. Al examinar cuidadosamente 1 Juan 1:1 a 2:2, descubrimos verdades invaluable acerca de la vida en comunión con Dios y unos con otros.

1 Juan 1:1–10; 2:1,2

1:1. Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida 2. (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); 3. lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. 4. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. 5. Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. 6. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; 7. pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. 8. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. 9. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. 10. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. 2:1. Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. 2. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

Parte 1—Comunión con el Padre y el Hijo

La experiencia personal de Juan 1 Juan 1:1,2

El apóstol Juan tuvo el privilegio único de andar con Jesús en los días de su ministerio terrenal. Juan fue testigo presencial de su vida, sus milagros y enseñanzas. Junto con Pedro y Santiago, Juan tuvo una estrecha relación con Jesús. Juan estuvo presente en la transfiguración de Jesús, fue testigo de la resurrección de una niña de 12 años (y de otros), vio la Crucifixión, habló con el Señor resucitado, presencié la ascensión de Cristo y experimentó el derramamiento del Espíritu Santo en el aposento alto. Comenzó esta carta recordándonos por qué puede hablar con autoridad—experimentó directamente lo que compartió con nosotros en estas cartas. (Use el comentario sugerido para profundizar los puntos que quiere destacar). Los primeros versículos de 1 Juan son un reflejo del primer capítulo del Evangelio de Juan, donde proporciona descripciones claras de los muchos eventos que presencié mientras anduvo con Jesús. Considerar el Evangelio de Juan agrega un valor significativo al estudio de sus epístolas. Jesús es Aquel que existe desde el principio, la Palabra de Vida, y Aquel que es la vida misma. Declaró que los apóstoles habían oído, visto, contemplado y tocado al Cristo. Ellos experimentaron la Palabra de Vida misma, y nosotros también podemos experimentarla.

Juan enfatizó la realidad eterna de la existencia de Jesús con el Padre desde el principio, incluso antes de la creación. Luego Jesús se encarnó, haciéndose hombre, y la gente pudo verlo, escucharlo y tocarlo. El Padre se dio a conocer a nosotros en la persona de Jesucristo, y a través de Cristo, abrió un camino para que tengamos comunión con Él. En Juan 17, el apóstol registró la oración que Jesús hizo por todos los creyentes, donde Él habló sobre la relación que tenía con el Padre antes de la creación del mundo. Le pidió al Padre que experimentáramos el mismo tipo de comunión con Él.

Una invitación a la comunión 1 Juan 1:3

Casi se puede escuchar la emoción de Juan en sus palabras: «lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos» (v. 3). Luego explicó uno de sus propósitos al escribir esta carta—claramente deseaba que sus lectores experimentaran la misma comunión unos con otros y con el Padre y el Hijo que él y los demás apóstoles habían experimentado. Cuando comenzó a escribir su primera carta, el apóstol quería recordarles a sus lectores las enseñanzas de Jesús y establecer su autoridad sobre este tema al mencionar el tiempo que había pasado con Jesús. Habiendo vivido junto a Jesús, Juan comprendía de manera tangible la riqueza de la relación entre el Padre y el Hijo. El Evangelio de Juan registró las palabras de Jesús cuando se describió a sí mismo como la vida verdadera y al Padre como el labrador. Juan nos ayuda a comprender cómo experimentar la vida abundante y fructífera mientras nos mantenemos firmemente conectados a través de la relación con Jesús (Juan 15). En esta misma porción de las Escrituras, Juan registra la invitación de Jesús a vivir en Él y permanecer en su amor (vv. 5–11). Jesús también desafió a sus seguidores a amarse unos a otros (v. 17). La comunión que disfrutamos con otros creyentes se fundamenta en el amor que nos han mostrado el Padre y el Hijo (1 Juan 1:3). Este amor es abnegado y fructífero, no voluble ni superficial. Se fundamenta en Jesús y su sacrificio por nosotros, no en nuestras preferencias personales o similitudes que disfrutamos en los demás. Podemos experimentar esta

profunda conexión espiritual con personas de diferente edad, etnia, educación, nivel socioeconómico, puntos de vista políticos y preferencias culturales solamente a través del amor de Dios.

Parte 2–Comunión en la Luz

Para que vuestro gozo sea cumplido 1 Juan 1:4

Juan deseaba que conociéramos el mismo gozo que experimentó en la relación con el Padre y el Hijo. El registro de Juan sobre la enseñanza de Jesús en Juan 15 también describe el gozo de esta comunión única. Escuche de nuevo las palabras de Jesús: «Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado» (Juan 15:9–12). Podríamos pensar erróneamente que la felicidad y el gozo son la misma emoción. Sin embargo, la felicidad suele depender de la abundancia y las circunstancias fáciles. El tipo de gozo que experimentamos en una relación cercana con Dios no se basa en nuestras circunstancias siempre cambiantes. Saber que nuestros pecados fueron perdonados por el sacrificio que Jesús hizo en la Cruz nos abre el camino para encontrarnos con Dios de una manera profunda y personal. Juan entendía esta estrecha relación basada en el gozo. «Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido» (1 Juan 1:4). El gozo interminable se produce a medida que se fortalece nuestra confianza en el amor de Dios por nosotros. Nuestra confianza en su amor crece, así como crece nuestra fe en que Él está obrando todas las cosas, incluso las más difíciles, para nuestro bien. Esto trae un gozo que está por encima de nuestras circunstancias actuales. Y cada día, conforme leemos y meditamos en su Palabra, su verdad nos fortalece y nos da gozo (véase Salmos 19:7–11).

Parte 3–Comunión mediante la limpieza

La confesión 1 Juan 1:8–10

El primer paso para experimentar la comunión con el Padre es reconocer que somos pecadores. La salvación ocurre en el momento en que creemos que Jesús es el Hijo de Dios que murió por nosotros, y confesamos y nos arrepentimos de nuestros pecados. Este es un regalo maravilloso e inmerecido. No podemos ganarlo ni hacer nada para merecerlo. Sin embargo, la confesión no termina cuando empezamos a seguir a Jesús. Toda relación establecida con Dios debe incluir confesión continua. Cuando confesamos nuestros pecados a Dios, Juan nos asegura que Dios es fiel para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. (Use el comentario sugerido para profundizar los puntos que quiere destacar). La verdad es que seguimos pecando incluso después de nacer de nuevo. Algunos ejemplos:

- Permitimos que el miedo tome el lugar de la fe.
- Nos enfadamos y decimos palabras hirientes.
- Chismeamos sobre un compañero de trabajo o miembro de la iglesia.
- Emitimos juicios injustos sobre una situación que no entendemos completamente.

- Somos apáticos ante el sufrimiento de un amigo.

La lista de pecados podría seguir y seguir. Cuando no confesamos nuestros pecados regularmente, obstaculizamos la obra continua de Dios en nuestra vida. Una de las mejores maneras de permanecer en una relación estrecha con el Padre es leer su Palabra y dejar que la luz de su verdad ilumine nuestras motivaciones, palabras y nuestros comportamientos. Solo entonces podemos reconocer fácilmente nuestro comportamiento pecaminoso y darnos cuenta de nuestra necesidad de confesión. Juan afirma claramente: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros...le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1 Juan 1:8,10). Necesitamos ser rápidos para responder a la convicción de pecado que sentimos. Cuando hacemos de la confesión una parte regular de nuestra vida de oración, experimentamos una comunión fluida, sin interrupciones, con nuestro Creador. Cada vez que confesamos nuestros pecados a Dios, Él nos limpia (v. 9), nos guía a pensar correctamente y nos ayuda a asemejarnos más a Cristo.

Nuestro Abogado 1 Juan 2:1,2

Vemos el afecto del apóstol por los destinatarios de esta carta cuando se dirigió a ellos como «Hijitos míos» (1 Juan 2:1), y los animó a no pecar. También les recordó amorosamente a sus lectores (incluidos nosotros) que Jesús es nuestro Abogado, nuestro Defensor y nuestro Redentor. Su sacrificio pagó el precio completo por nuestros pecados, y ahora está ante el Padre defendiendo nuestro caso. Ningún pecado está más allá de su perdón. Primera de Juan 2:1 nos dice: «Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo». Romanos 8:31–34 describe el papel de Jesús como nuestro abogado. «¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros». Los versículos que siguen nos aseguran que con Cristo como nuestro abogado, nada puede separarnos del amor de Dios. Jesús prometió antes de su ascensión que enviaría otro abogado, el Consolador, su Espíritu Santo (Juan 14:15–17). El Espíritu Santo nos consuela, nos conduce a la verdad y nos convence de pecado. Pablo también nos dijo que el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad e intercede por nosotros «conforme a la voluntad de Dios» (Romanos 8:26,27). Cuando comprendemos el papel del Espíritu Santo como nuestro Abogado, podemos tener confianza en su dirección. Cada vez que experimentamos su convicción, podemos saber que Él nos está guiando a confesar nuestros pecados y experimentar el gozo de una renovada intimidad con el Padre.

¿Qué nos dice Dios?

Juan sabía sin ninguna duda que Jesús, la Palabra viva y eterna, vino a limpiarnos de nuestro pecado y proporcionarnos una manera de tener una verdadera comunión con el Padre y unos con otros. Cada uno de nosotros ha pecado, y ese pecado nos separa de Dios y de los demás. La comunión con el Padre comienza cuando reconocemos a Jesús como el Hijo de Dios, creemos que murió por nosotros y confesamos nuestros

pecados. Él es fiel para limpiarnos de toda maldad y establecer una relación con nosotros. Jesús no solo nos ofrece una relación con Él, sino que la luz de su verdad también nos guía y nos permite tener una comunión genuina con otros creyentes

Conclusión

Una enseñanza para la vida

- Comprométase a hablarle a una persona sobre su relación con el Padre y el Hijo, e invítela a experimentar una relación con Dios como la que usted disfruta.
- Invite a alguien de la familia de su iglesia, a quien no conozca bien, a su casa para tomar un café o a una comida. Haga que se sientan bienvenidos y anímelos a que le cuenten sobre su experiencia de fe.
- Lea el Evangelio de Juan esta semana y tome nota de las experiencias que el apóstol tuvo con Jesús. Considere el tipo de relación que disfrutaban entre ellos. Luego aplique esos principios para descubrir la riqueza que puede experimentar en la comunión con el Padre y el Hijo.